creó un arte monumental comparable, en su sentido de la proporción, con la arquitectura de los griegos. Si además del arte de la construcción tomamos en cuenta la capacidad sobresaliente de los mayas para la astronomía y el cálculo, podemos decir que, en cuanto al desarrollo intelectual, admiten también el parangón con los griegos.

El pueblo maya se componía de varios grupos que, no obstante diferencias de idioma y de costumbres, se sentían unificados por una religión común y concepciones de la vida muy semejantes entre sí. Puede considerarse a los mayos como un pueblo relativamente pacífico. En la época de la liga de Mayapán, vivían las gentes en tal quietud, que según un testimonio de Landa "no había pleito ninguno, ni usaban armas y arcos aún para la casa". Sólo ante la amenaza de los mexicanos, los mayas cambiaron de actitud. Entonces, precisamente de los mexicanos, aprendieron el arte de las armas.

Por otra parte, la historia de los aztecas reproduce, en menor escala, el cuadro de la vida romana. Pertenecieron los aztecas a una tribu errante que después de una penosa y larga peregrinación se estableció en el valle de México. Su desarrollo y culminación política es de una rapidez sorprendente. Sólo bastaron cien años para que la tribu de los aztecas, tan misérrima que era vista con lástima de las demás tribus, se convirtiera en un pueblo fuerte y dominador. Esta hazaña es suficiente para revelar la potencialidad enorme que se ocultaba en la insignificante tribu de los aztecas. Dotados de un gran sentido político y de un temperamento guerrero, fundaron uno de los imperios más vastos de la época precortesiana. Su insaciable ambición de poder los impulsa en un movimiento de expansión militar que ha-

bía llegado más allá de las fronteras de Yucatán. Allí en Yucatán se pusieron en contacto las grandes culturas indígenas, y el arte de Chichén-Itzá es una fase del estilo maya transformado bajo la influencia avasalladora del espíritu mexicano.

Los productos más característicos de la cultura azteca son producto de la asimilación de los elementos de una cultura anterior muy refinada: la cultura tolteca.

Estas analogías históricas cobrarían, tal vez, una mayor justificación si se tomara en cuenta, además, la magnitud geográfica ocupada por los pueblos que han entrado en la comparación. El área cubierta por los aztecas y los mayas abarca veinte grados de longitud y diez de latitud, mientras que el ocupado por la civilización antigua europea, incluyendo Creta y Asia menor, comprende apenas ocho grados de longitud y seis de latitud.

La guerra civil que concluyó con la destrucción de Mayapán, anuncia el fin de la cultura maya, que en una espléndida soledad, sólo interrumpida al final de su historia, pudo recorrer la órbita completa de su evolución. La decadencia de la cultura maya se había precipitado unos ciento veinte años antes de la venida de los españoles. No así la cultura azteca que se encontraba en pleno desarrollo al comenzar el siglo XVI, y quién sabe hasta dónde hubiera llegado, de no haber sido bruscamente interrumpida por la conquista.

Sobre este fondo histórico se desarrolló una forma especial de pensamiento, cuyos rasgos más salientes trataremos de definir en la próxima plática.

S I N G L A D U R A

P O R C E S A R G A R I Z U R I E T A

(FRAGMENTO)

SOY como uno de los muchos perros que corren detrás del tren, cuando rápido pasa por las estaciones; perros grises, iguales en todas ellas, en nada se diferencian. Soy como ellos y como yo son muchos hombres. Soy un oscuro empleado de una oficina del Gobierno. He vivido una vida sin elevaciones y sin curvas peligrosas, vida cansa-

da y gris como las interminables carreteras. He sido apenas un exaltado en los desiertos cafés de chinos; critiqué costumbres, instituciones y personas, pero mis palabras de ira e impotencia, fueron ahogadas por el chirrido del tren eléctrico, que con sus luces iluminaba mi corazón. Siempre el café y con él, los amigos y el recuerdo de la ofi-

cina. Extraña similitud entre la máquina registradora y la máquina de escribir, con su timbrazo final; sobre esta última agoté lo mejor que tenía en mi vida, como era mi rebelde juventud.

Mi juventud me dejó en la esquina, es hoy un recuerdo que se me filtra suavemente, como máquina silenciosa, suavemente, como esa música húmeda que nos llena de agua los ojos.

Durante treinta años, he sido el empleado más trabajador del Ministerio. Puntual como el mismo tiempo, puntual como las mujeres viejas cuando esperan a su último enamorado, mujeres que concurren a los funerales de su propio sexo. Siempre fui un hombre de trabajo. Trabajador, categoría negativa pero salvadora, cuando no se fosforece en talento. Soy el arquetipo de esta era de trabajo. Soy un autómatas, un hombre de frases de "cliché". Soy, diría un economista, una víctima de la división del trabajo.

Las frases ya hechas salen con naturalidad de mi pluma: "A ese respecto", "hago a usted presentes mis saludos afectuosos", "acuso recibo de su atento recado". De acuerdo con el poeta que llevamos dentro, escribí unos versos que todos los periódicos se negaron a publicar, estaban dedicados a una pasión desgraciada que tuve con una compañera de trabajo. Mis amigos decían que eran unos versos temperamentales, palabra que me gustó mucho, y que frecuentemente he usado, como si fuera de mi propiedad.

Casi llegué a hablar en la forma que se escriben los oficios. Eran palabras que como abejas que buscan el panal se me metían en el cerebro. Vida áspera y sin embargo, igual todos los días; a las ocho, entrada; a la una, salida; a las cuatro, entrada; a las seis, salida. Mi secreto era la puntualidad, por eso los cambios en los regímenes políticos nunca me afectaron. Trabajaba no por el trabajo mismo, sino porque en otra forma me aburría. Trabajaba hasta agotarme.

Sólo recuerdo un regaño que recibí de mi jefe; pero no fue por un trabajo mal hecho. Tenía a mi cargo el registro de los oficios, consistía este trabajo en tachar con un lápiz rojo un número que le correspondía en suerte a cada oficio que despachaba la oficina; esto para mí era muy divertido, le llamaba la lotería diaria de los oficios, o el calendario de la correspondencia. Como decía,

fui reprendido porque yo no tachaba con el lápiz rojo los números, lo hacía con la lumbre de mi cigarro. No usaba el lápiz rojo, por la sencilla razón de que había visto anunciar con luces rojas las casas de mala nota. Me parecía que el rojo traía rubor en las mejillas de los números, me apenaba el ser obeso, con su abultado vientre de buen bebedor de cerveza; —el burgués de la aritmética—.

Este humilde empleado fue premiado con unas vacaciones como recompensa a sus desvelos y constantes trabajos. Viajé con el producto de mis ahorros. Anduve varios rumbos, sin rumbo fijo, como esa mariposa de luz que reflejan los espejos que se encuentran en las manos de los niños, triangulitos de luz que manejan manos inocentes, luz que huye, luz que pinta sobre la misma luz. Parece que he escapado de una prisión, he respirado a pleno pulmón, como cuando en mi infancia solía visitar el campo. Todo es nuevo para mí, el pensamiento se ha esponjado, se ha desplegado como esas cintas métricas, que al apretar el botón, la hoja metálica salta recta y vibrante como una serpiente enfurecida.

Siento una alegría inmensa al contemplar la naturaleza, soy libre como una mujer acabada de divorciar, libre como el mismo aire. En los momentos de mayor alegría, me entusiasmo tanto, que quisiera llevarme los cerros cubiertos de vegetación, los campos llenos de pasto y adornar con ellos el patio de mi casa, al salir, cerrar la puerta con llave para que los ladrones no me los roben.

En los momentos de calma y ocio, cuando ya he leído todos los periódicos, he tejido esta pequeña memoria que pienso dejar al más pequeño de mis hijos, para que de buena gana ría con las tonterías escritas por su padre. Aunque ahora que la he corregido, debo decir, que cuando viajaba en alta mar, había escrito un fragmento que una ráfaga de aire se llevó, arrojándolo al mar; seguramente algún calamar se lo tragó, para que cuando lo guisaran en su propia tinta, tuviera mayor cantidad.

Estos apuntes son la vida triste de un hombre anónimo, igual a muchos hombres de todo el mundo y que es un Hombre.

X E X X 1170 Kcs. Onda Larga

R A D Í O - U N I V E R S I D A D - N A C I O N A L